



¡El socialismo del Gulag!

Una crítica a la edición francesa

Jean-Jacques Marie

Si creemos lo que afirman los scouts, para los valientes nada es imposible. Domenico Losurdo desmiente esa divisa masculina.

Él, sin duda, es valiente por tratar de rehabilitar a Stalin. Pero la vacuidad de semejante intento, cuya ambición es ciertamente desmesurada, salta enseguida a la vista.

¡Vade retro, Jrushchov!

Losurdo ataca con dureza el informe presentado por Jrushchov contra determinados crímenes de Stalin durante la última sesión a puerta cerrada del XX Congreso del PCUS en febrero de 1956. Y de entrada, deforma su alcance. De creerlo, ese informe sería una «requisitoria que se propone liquidar a Stalin en todos sus aspectos». Pero Jrushchov afirma de entrada:

El objeto del presente informe no es una valoración exhaustiva de la vida y la actividad de Stalin. (...) Ahora nos encontramos frente a una cuestión de inmensa importancia para el Partido en el presente y en el futuro (...) Se trata de cómo el culto a la persona de Stalin fue creciendo gradualmente; ese culto que en determinado momento se convirtió en la fuente de toda una serie de perversiones unánimemente graves y serias de los principios del Partido, de la democracia del Partido, de la legalidad revolucionaria (...) Los méritos de Stalin son bien conocidos a través de un sinnúmero de libros, folletos y estudios que se redactaron durante su vida. El papel de Stalin en la preparación y ejecución de la revolución socialista, en la guerra civil, en la lucha por la construcción del socialismo en nuestro país, es conocido universalmente. Nadie lo ignora." Y para quienes no lo hubiesen entendido, añade: "El Partido tuvo que luchar contra los trotskistas (...), los derechistas, y los nacionalistas burgueses (...). En todo esto Stalin desempeñó un papel positivo.

Jrushchov, por tanto, no tiene nada que decir sobre los procesos de Moscú, y Domenico Losurdo retoma de él numerosos inventos que presenta como si fuesen verdades. ¡Gracias, pues, a Stalin por liquidar a los oponentes de todo tipo! De hecho, Jrushchov aclara: "Stalin siempre había tomado en cuenta la opinión de la colectividad antes del XVI Congreso", "Stalin siguió considerando en cierto modo la opinión colectiva hasta el XVIII Congreso", celebrado en enero de 1934.

Hasta entonces, Stalin fue, pues, un excelente dirigente comunista. Stalin solo se volvió malo cuando comenzó a eliminar a sus propios seguidores a partir de 1934. Losurdo borra esa precisión para poner en el mismo plano a Jrushchov y a Trotsky.



Dirección colectiva contra el "culto a la personalidad"

Yo digo Jrushchov, pero Domenico Losurdo parece ignorar (o esconde) que Jrushchovno es en realidad el autor de dicho informe. Este fue redactado por Piotr Pospelov, basado en los trabajos de una comisión del Presidium del Comité Central dirigida por él. El mencionado Pospelov había sido el principal redactor de la biografía oficial de Stalin publicada inmediatamente después de la guerra y durante mucho tiempo fue redactor en jefe de *Pravda*. Por consiguiente, un buen y legítimo estalinista. Jrushchov se contentó con añadir al texto de Pospelov algunas agudezas de su propia cosecha, como el detalle (inventado y grotesco) según el cual Stalin habría dirigido las operaciones militares de la Segunda guerra mundial en un globo terrestre. Dos o tres bromas de la misma calaña solo modifican al margen la índole y el alcance de un informe elaborado colectivamente por una comisión formada por partidarios de Stalin.

A esos estalinistas sólo les preocupa lo que se traduce en el reproche de "culto a la personalidad" dirigido a Stalin. Su sentido tan simple escapa por completo -a pesar de la ayuda de Hegel- a Losurdo. Ello significa que el poder está ahora en las manos, no del Guía supremo y Padre de los pueblos, sino del Comité Central, que Stalin solo había convocado cuatro veces desde 1941 hasta su muerte en 1953. Fue eso lo que Jrushchov había prometido al Comité Central durante su reunión de junio de 1953 para juzgar a Beria. Y es eso lo que los miembros del Comité Central reducidos al silencio durante los últimos trece años del dominio de Stalin quieren escuchar

"Ahora tendremos una dirección colectiva (...) Hay que convocar regularmente los plenos del Comité Central." El informe leído por Jrushchov en nombre del Presidium del Comité Central es la expresión de ese deseo colectivo.

La deportación de los pueblos... "¡falta de sentido común"!

Los argumentos de Losurdo se resumen en general en un esquema simple: ¡todos los Estados, todos los gobiernos hacen lo mismo! ¿Qué hay que reprocharle entonces a Stalin? En ese sentido, él cita el fragmento en que el informe Jrushchov denuncia las deportaciones de algunos pueblos en 1943-44 :

Ningún marxista-leninista ni ninguna persona con sentido común puede comprender cómo se puede responsabilizar, por actividades hostiles, a naciones enteras, incluyendo a mujeres, niños y gente de edad, comunistas y komsomols [la juventud comunista] y cómo se puede deportar a tanta gente y exponerla a la miseria y sufrimiento por actos hostiles de individuos o grupos de personas.



Jrushchov enumeraba solamente cinco pueblos deportados del total de doce que sufrieron esa suerte y que Losurdo -que no le reprocha en absoluto esa opción selectiva- se cuida mucho de enumerar. Losurdo evoca en pocas palabras “el horror del castigo colectivo”.

Pero, hecha ya esa concesión humanitaria a una tragedia que vio perecer como promedio a la cuarta parte de los deportados -sobre todo viejos y niños- durante su interminable traslado, añade cínicamente: “Esta práctica caracteriza a la Segunda guerra de treinta años [desde la Primera guerra mundial hasta los comienzos de la Segunda, [J.J. Marie], comenzando por la Rusia zarista que, aunque aliada del occidente liberal, sufrió durante el primer conflicto mundial “una ola de deportaciones” de “dimensiones desconocidas en Europa (en especial de origen judío o germánico)”. A continuación menciona la expulsión de los Hans del Tibet por el ultra-reaccionario Dalai Lama, que coqueteó un momento con los nazis; después la reclusión en los campos de todos los ciudadanos norteamericanos de origen japonés por el presidente norteamericano demócrata Roosevelt en 1942. Y, de ese modo, nuestro filósofo italiano concluye de modo dulce y tranquilo: “si bien no estaba distribuida equitativamente, la falta de ‘sentido común’ estaba bien difundida entre los líderes políticos del siglo XX”. ¡Ya está, listo!

Así, en la patria triunfante del socialismo (porque para Losurdo el socialismo floreció en la URSS), que llevó a cabo la unidad de los pueblos, es normal que se utilicen los mismos procedimientos que emplean los jefes de los países capitalistas, o un oscurantista feudal, o incluso el Zar Nicolás II. Este último, en 1915, en respuesta a la ofensiva alemana, de hecho hizo desplazar hacia el Este a medio millón de judíos, oficiosamente sospechosos de espionaje a favor de los alemanes. Pero la referencia justificativa es poco afortunada, pues por muy bárbaro que haya sido ese traslado, provocó muchas menos muertes que el de los coreanos “soviéticos” en 1937 (en ausencia de todo tipo de guerra) considerados colectivamente como espías potenciales a cargo de Japón. y que habían huido al terror que Japón desencadenaba en su país; o el de los tártaros de Crimea, de los kalmuks, de los chechenos y de los inguches en 1944.

Debemos añadir que la deportación de esos dos últimos pueblos es una de las causas de la tragedia que vive esa región desde hace cerca de veinte años. El legado de Stalin aún hace correr la sangre en nuestros días.

Losurdo utiliza el mismo argumento cuando hace referencia al Gulag haciendo desfilar todos los horrores de los campos de concentración de los países coloniales.



Un heredero de los procesos de Moscú

Losurdo hace suyas las falsificaciones de los procesos de Moscú, pero sin referirse directamente a estos por lo contaminada que está la fuente. De ese modo, afirma, por ejemplo:

En 1918 "Lenin, acusado o sospechoso de traición, parece ser el objetivo de un proyecto, por muy vago que fuese, de golpe de Estado considerado por Bujarin". Ese proyecto, fabricado por el procurador Vychinski durante el tercer proceso de Moscú en marzo de 1938, es presentado aquí primero como hipotético, antes de convertirse en una certeza mediante un toque de varita mágica:

Para hacer fracasar la paz de Brest-Litovsk, que él había considerado como una capitulación ante el imperialismo alemán y como una traición al internacionalismo proletario, Bujarin acaricia por un instante la idea de una especie de golpe de Estado, dirigido al menos durante un tiempo a alejar del poder a aquél que hasta entonces había sido el líder indiscutible de los bolcheviques.

Pensando sin duda que una fábula varias veces repetida alcanza por ella la condición de verdad, él escribe más adelante: "Ya vimos a Bujarin en ocasión del tratado de Brest-Litovsk acariciar por un instante el proyecto de una especie de golpe de estado contra Lenin, a quien le reprocha el querer transformar el 'partido en un montón de estiércol'." En realidad, lo único que hemos visto de todo eso son las piruetas de Losurdo.

¿Por qué Losurdo, que multiplica las referencias a cualquiera, incluida a Sir Montefiore, promovido del estatus de novelista al de historiador, o al novelista Feuchtwanger, a quien Stalin hizo que llegara a exaltar el segundo proceso de Moscú a cambio de la publicación de sus obras en la URSS y el pago de jugosos honorarios, no hace referencia alguna a esa invención de Vychinski? Es que la verdad es muy sencilla: durante el discurso de Lenin al Comité ejecutivo de los soviets el 23 de febrero de 1918 sobre el tratado de Brest-Litovsk, el Socialista-Revolucionario (S-R) de izquierda Kamkov -cuyo partido entonces estaba aún en el gobierno- se acerca a los "comunistas de izquierda" Piatakov y Bujarin, hostiles a la firma, y les pregunta sobre lo que ocurrirá si ellos obtienen la mayoría en el partido contra la paz de Brest-Litovsk. En su criterio, les dice él, "en ese caso, Lenin se irá y ustedes y nosotros deberemos crear un nuevo Consejo de los Comisarios del pueblo", que Piatakov podría presidir. Para ambos hombres, eso no es más que una broma. Varios días después, el S-R de izquierda Prochian, sugiere a Radek que en lugar de escribir resoluciones interminables, los comunistas de izquierda deberían arrestar a Lenin durante 24 horas, declarar la guerra a los alemanes y después reelegir por unanimidad a Lenin como presidente del gobierno, porque -dice él-



obligado a reaccionar ante la ofensiva alemana, “aunque insultándonos a nosotros y a ustedes, Lenin, no obstante, llevará a cabo una guerra defensiva mejor que cualquier otro”. Prochian muere seis meses más tarde. Radek repite entonces su frase a Lenin, que se echa a reír a carcajadas.

A comienzos de diciembre de 1923, en plena campaña de la Oposición de Izquierda por la democratización del partido, Bujarin, en esos momentos aliado de Stalin contra ella, transforma esas anécdotas, para estigmatizarlas, en proposiciones serias que los “comunistas de izquierda” de la época habrían discutido, a pesar de la denegación de todos los interesados.

Por tanto, concluye él, la Oposición le hace el juego a los enemigos del partido. Zinoviev se indigna: los comunistas de izquierda han ocultado entonces esas proposiciones innobles al Comité Central, ¡que solo las conoce seis años más tarde! Stalin va más lejos: algunos opositores de 1923 eran ya, según él, miembros potenciales del pretendido gobierno anti-leninista de 1918. Bujarin pagaría con su vida ese tráfico político de la memoria. En el tercer proceso de Moscú, en marzo de 1938, el procurador Vychinski, utilizando sus declaraciones demagógicas de 1923, lo acusará de haber negociado con los S-R de izquierda el derrocamiento y el arresto de Lenin. Bujarin será condenado a muerte.

Ignorantus, ignoranta, ignorantum...

Domenico Losurdo no conoce la historia sobre la cual esboza comentarios a veces ornamentados con referencias a Hegel a más no poder. En ese sentido, califica de “dirigente menchevique” al jefe del gobierno provisional de 1917, Alexandre Kerenski. Pero Kerenski, allegado a los socialistas-revolucionarios, jamás en su vida fue menchevique.

Refiriéndose al asesinato de Serge Kirov el 1º de diciembre de 1934 en Leningrado, escribe “Al inicio las encuestas de las autoridades se centran en los Guardias blancos”. Las autoridades se han centrado en ellos de un modo extraño. Tras ocurrir el asesinato, Stalin ordena fusilar a un centenar de Guardias blancos que ya se encontraban encarcelados y a quienes nadie interroga debido a que ellos no podían, desde su celda, organizar el más mínimo atentado.

Para confirmar la perfidia de Trotsky, él afirma más adelante “Lenin ve ya pesar sobre la Rusia soviética un peligro bonapartista y expresa sus preocupaciones incluso con respecto a Trotsky”. La falta de referencia también esconde aquí un truco: en 1924, el año de la muerte de Lenin, Gorki, entonces en Italia, publica *Lenin y el campesino ruso* donde solo cita frases elogiosas de Lenin sobre Trotsky. Seis años después, en la URSS, Gorki reedita su libro y le añade una frase atribuida



a Lenin que así regresa de ultratumba seis años después de su muerte para manifestar un temor muy tardío sobre las imaginarias ambiciones bonapartistas de Trotsky. Y lo que es más asombroso aún, en diversas ocasiones alude a una supuesta “conspiración dirigida por Trotsky” y confirma esa fábula retomada (sin decirlo) de los procesos de Moscú citando a CurzioMalaparte. Sin embargo, todos los historiadores consideraron siempre a Malaparte solo como una fuente literaria. ¿Quién iría a citar *Kaputt* en una Historia de la Segunda Guerra Mundial? Escritor de talento, él solo consideraba a la historia como una servidora de la literatura y fabulaba como el mejor.

¡Ah, el buen Gulag!

Debemos detenernos un momento en el demasiado fácil desmontaje de las fantasías de Losurdo.

Pero no podríamos pasar por alto sus divagaciones sobre el Gulag. En efecto, él subraya con toda razón que el Gulag estalinista no es globalmente el campo de exterminio que fueron los campos nazis destinados a los judíos. Una vez dicho esto, no podemos leer sin sorprendernos la afirmación de que “a los intentos de aplicar en la ‘totalidad’ del país la ‘democracia soviética’, ‘el democratismo socialista’ e incluso ‘un socialismo sin la dictadura del proletariado’ [¡como si el proletariado oprimido ejerciera entonces la más mínima dictadura!] corresponden los intentos de restablecer en el Gulag la ‘legalidad socialista’ o la ‘legalidad revolucionaria’. Finalmente, Losurdo, encontrando en el Gulag “una preocupación pedagógica”, se extasia: “el detenido en el Gulag es ‘un camarada’ potencial obligado a participar en condiciones particularmente duras en el esfuerzo productivo de todo el país”. Particularmente duras, en efecto, pero la palabra ‘camarada’, incluso muy potencial, no tiene precio. Y Losurdo nos lo jura, “hasta 1937 los guardias llamaban al prisionero ‘camarada’. Además, la reclusión en el campo de concentración no excluye la posibilidad de promoción social”. ¡Qué ascensor social ese socialismo del Gulag!